

ESCLAVUDÚS

Era la noche de halloween y me encontraba de servicio. No recuerdo cuando fue la última vez que libré esa noche, o alguna otra que fuese festiva. Siempre había alguien que me pedía el favor, y yo no podía negarme. Soy el tipo de personas al que siempre acuden todos cuando tienen algún problema, pero al que nadie tiene tiempo para escuchar.

En mi casa tan sólo me esperaban una botella de Whiskey, una cama vacía y el viejo Spike, un Bulldog que llevaba siendo mi fiel compañero los últimos diez años. Antes me acompañaba a todas partes, pero sus huesos, al igual que los míos, ya no son lo que eran y preferí dejarle en casa esa noche. De todas formas, los niños no le gustan demasiado y las calles estaban repletas de ellos.

Aquella noche conducía mi Mustang por la zona este de la ciudad, viendo como los niños, y a veces los no tan niños, iban de puerta en puerta pidiendo dulces.

En la radio estaba sonando “Burning love”, uno de los últimos éxitos de “el rey”, cuando recibí un aviso por radio.

–Aquí central ¿Alguna patrulla se encuentra cerca de la treinta y ocho?

Yo me encontraba en el cruce de la quinta con la novena, pero decidí contestar cuando el aviso se repitió por tercera vez.

Nadie quería contestar porque estaban seguros de que se trataría de alguna panda de gamberros lanzando huevos contra la fachada de algún mal ciudadano que no había querido jugar al “trato o truco”.

–Al habla el detective O’donell –Contesté–. ¿De qué tipo de emergencia se trata?

–Buenas noches, detective O’donell –Su voz sonaba tan dulce y aterciopelada como siempre –. Hemos recibido una llamada de unos jóvenes. Se encontraban muy nerviosos y balbuceaban que en el número diecisiete de la calle treinta y ocho les había ocurrido algo, pero la llamada se cortó antes de que dijese nada más..

–No te preocupes, Kate. Posiblemente no sean más que unos niños...

–O’donell–Me interrumpió–, puede que no sea más que una falsa alarma , pero parecían muy asustados y no eran más que unos críos... Si pudieras hacerme el favor de acercarte hasta allí y echar un vistazo...

–Está bien... –Cuando Kate me hablaba con esa voz tan suave y melodiosa, yo era incapaz de decirle que no –Me acercaré hasta allí y echaré un vistazo. Pero recuerda que me debes una.

–Trato hecho.

–¿Has averiguado algo acerca de esa casa?

–El último inquilino fue un tal Patrick Willis. Desde su fallecimiento, hace cinco años, la casa ha permanecido deshabitada.

–Me acercaré a ver si veo algo raro. Cuando llegue allí te informo. Adiós.

–Hasta luego, O’donell. Suerte y que no te ocurra lo mismo que a Lee y West.

Tres años atrás, en la noche de halloween, los agentes Gordon Lee y James West recibieron un aviso de la central. Habían recibido una llamada alertando sobre disturbios en un callejón de la veinticinco. Cuando llegaron allí y salieron del coche patrulla, un grupo de jóvenes la emprendió con ellos a base de globos de agua y harina. Si le hubiesen echado un par de huevos, habrían hecho un buen bizcocho.

Lee pidió el traslado a una comisaria en la que no conociesen el altercado, pero no pasa un solo día sin que alguien le recuerde a West lo ocurrido aquella noche.

Decidí acercarme hasta allí y asegurarme de que no ocurría nada fuera de lo común. No tenía muchas esperanzas de encontrarme con problemas, pero por si acaso me preparé mentalmente para ser víctima de una emboscada de gamberros.

Giré a la izquierda y entré en la calle treinta y ocho. Eran las diez y media pasadas y todos los niños debían de encontrarse ya en sus camas, lo que explicaría que la calle estuviese desierta.

Busqué la dirección que me había dado Kate y aparqué mi coche frente a la casa. Se trataba de una casa antigua, de tres plantas de altura, completamente de madera y de estilo victoriano. Debía de ser una de las casas más antiguas de la ciudad. Posiblemente construida a finales del siglo diecinueve.

Su estado exterior era más que lamentable. La mayor parte de sus ventanas estaban rotas y cubiertas por maderas, la pintura estaba desconchada, el jardín parecía una selva y el tejado no parecía estar en muy buen estado.

Paré el motor de mi coche y agudicé mis sentidos durante algunos minutos.

La casa parecía estar completamente vacía, y el barrio entero estaba sumido en clama; Nadie merodeara por la calle, ni parecía que hubiese alguien, en especial grupos de jóvenes, escondidos entre la descuidada vegetación del patio delantero.

–Aquí el detective O’donell llamando a central.

–Buenas noches O’donell. ¿Has encontrado algo raro o algún rastro de los muchachos?

–Me encuentro frente a la casa, pero la calle está desierta y no hay nada fuera de lo común. Tan solo es una vieja casa deshabitada. Seguro que algún grupo de niños se ha colado dentro y han creído ver fantasmas.

–Se trataría tan solo de una falsa alarma más.

–¿Como llevas la noche, Kate? –Normalmente solía pasarme la ronda hablando con Spike, pero como él se encontraba en casa, me apetecía hablar con alguien que no me babosara los asientos–. ¿Muchos avisos falsos?

–Ni te lo imaginas –Suspiró Kate –. Con este llevo veintiséis avisos falsos. Trece de ellos de la misma persona... Y la noche aún no ha terminado.

–Halloween siempre es una pesadilla para nosotros, ¿Verdad?

–Tengo que dejarte, O’donell, estoy recibiendo un aviso por la línea tres.

–Yo volveré a mi ruta. Si necesitas cualquier cosa, no dudes en llamarme. Buenas noches, Kate.

–Buenas noches O’donell.

Estaba apunto de arrancar, cuando me pareció ver, durante tan sólo unos instantes, un leve destello en una de las ventanas del piso superior. Podía tratarse tan sólo de un reflejo, pero no tenía otra cosa mejor que hacer y decidí investigar un poco.

Comprobé mi arma: un viejo revolver Smith & Wesson del .38 que me regaló mi padre el día que me gradué en la academia.

Comprobé el arma. Los seis cartuchos estaban en perfecto estado, exactamente igual que las quince veces anteriores en los que los había comprobado durante aquella aburrida noche.

Metí tres tambores de recarga rápida y una caja pequeña de municiones en los bolsillos de mi chaqueta, cogí la linterna de la guantera y me dispuse a echar un vistazo a los alrededores de la casa.

Me encontraba a mitad de camino de la puerta principal, cuando vi una sombra en una de las ventanas del primer piso. Pensé que la noche me estaba jugando una mala pasada, pero mi instinto de policía me decía que allí podía estar ocurriendo algo raro.

Crucé el jardín con paso decidido, vigilando cada sombra y con todos mis sentidos alerta por si necesitaba desenfundar.

Subí las escaleras del porche con sumo cuidado. A punto estuve de dar media vuelta y buscar otra ruta de entrada, pero al final me decidí a probar suerte. La madera estaba medio podrida y los escalones crujían sonoramente. No pensé que fuesen a soportar mis más de doscientas libras, pero lo hicieron.

Recorrí el porche buscando alguna pista. El suelo estaba bastante sucio: polvo, tierra y hojas lo cubrían casi por completo. Entre toda aquella suciedad, encontré algunas pistas recientes. Había tres pares de huellas: dos de ellas pertenecían a niños de entre ocho y diez años y el tercer par de marcas podían ser las de un pequeño dinosaurio. Las patas tenían tres dedos cada una, y en algunas zonas se podía ver la marca dejada por una larga cola.

Con esté, ya llevaba cuatro dinosaurios aquella misma noche, pero no era tan extraño como los cinco raperos, dos ovejas, siete robots y un oso de peluche que llevaba vistos.

En mis tiempos, nos disfrazábamos de vampiros, hombres lobo, momias o brujas, pero los muchachos de hoy en día se disfrazan de cualquier cosa, mancillando la férrea tradición que lleva décadas vigente.

Los tres niños habían estado rondando por el porche y, en algún momento, habían entrado en su interior. No podía saber si alguno de ellos seguiría allí dentro, pero por si acaso teníaa que asegurarme de que la casa estuviese completamente vacía.

Me asomé a las ventanas, pero en su interior todo parecía tranquilo. La puerta no estaba cerrada, así que tan solo tuve que empujarla un poco y se abrió con un chirrido metálico.

El vestíbulo estaba completamente vacío, salvo por los destrozados restos de una mesa y un par de montones de cartones y periódicos viejos cubiertos de polvo. Alguien había usado ese vestíbulo como dormitorio, pero hacía mucho tiempo que se había ido.

Me disponía a explorar la planta baja, cuando escuché un leve chasquido que parecía venir del primer piso.

Me detuve a escuchar durante unos minutos, pero el sonido no volvió a repetirse. Puede que se tratase del grupo de críos que había entrado allí o de algún mendigo soñando con whiskey.

Linterna en mano, comencé a ascender lentamente los desgastados escalones que conducían hacia arriba.

A pesar de mis esfuerzos, la madera crujía bajo mis pies, produciendo un sonido que, para mis agudos oídos, resultaba ensordecedor.

Llegué a un amplio pasillo que se bifurcaba. Miré ambos y decidí tomar el de la derecha. En aquella parte del pasillo pude ver una puerta que se encontraba entornada.

Me acerqué con paso sigiloso y con el arma preparada. Desde aquella posición no podía ver claramente su interior, así que decidí entrar y ver si el sonido había salido de allí.

Se trataba de una habitación pequeña. Una cama destartalada y un colchón mohoso eran los

únicos muebles que había en su interior. En seguida comprendí que aquella era la habitación en la que había visto la sombra.

Recorrí la oscuridad con mi linterna y vi una alta silueta pegada a la pared.

Era un hombre alto y desgarrado, vestido con unos pantalones y una camisa que estaban muy raídos y sucios.

El hombre permanecía completamente inmóvil, y sus brazos colgaban laxos a sus costados. No movía ni un solo musculo. Su cuerpo no se agitaba, ni parecía notar mi presencia.

Al principio creí que se trataba de un viejo maniquí, pero algo me decía que era humano.

–Policía –Dije con voz firme y autoritaria –. Dese la vuelta lentamente y no intente nada extraño.

El hombre no hizo el más mínimo gesto de que me hubiese escuchado.

Guardé la linterna y me acerqué hasta él, con el revolver preparado. Coloqué una de mis manos sobre su hombro para ver si estaba vivo o no.

Sentía su blanda y fría carne bajo mis dedos, cuando de repente el hombre se giró inesperadamente.

Un escalofrío recorrió mi espalda de arriba a abajo al ver su rostro. Su piel tenía un tono ceniciento como no había visto en mi vida, y sus ojos eran completamente blancos. Los tenía abiertos de par en par, y emitían un resplandor lechoso que no parecía real.

Sus férreos dedos se cerraron sobre mi cuello con una fuerza descomunal. Algo impensable viendo sus descarnados miembros.

El arma se me escurrió de entre los dedos debido al sobresalto, pero, por suerte, mi robusto cuello de toro resistió el tiempo suficiente para que pudiese reaccionar.

Golpeé al hombre en el esternón con todas mis fuerzas y lo lancé contra la pared.

–No de un paso más –Sabía que mi advertencia era inútil, pero como policía debía hacerla antes de usar la fuerza –.

Se abalanzó sobre mi como un animal rabioso, lanzando espumarajos por la boca, pero esta vez no contaba con el factor sorpresa y le preparé un buen recibimiento.

Esquivé sus brazos con una media finta de cintura, para, a continuación, lanzarle un contundente gancho de derecha directo a la boca del estomago. Mi puño se hundió profundamente en su blando vientre. Su cuerpo se dobló por la mitad y se alzó varias pulgadas del suelo antes de caer de bruces sobre el polvo.

El golpe habría dejado sin resuello, y puede que sin consciencia, a un hombre normal, pero se levantó como si nada.

Lancé un directo de izquierda contra su rostro que le aplastó la nariz y, a continuación, mi derecha martilleó su sien tres veces antes de hacerle retroceder aturdido.

Se tambaleó como un borracho, cayó hacia atrás, golpeándose la cabeza contra la pared, y se quedó sentado, mientras su fantasmagórica mirada se clavaba fijamente en mi.

Algo me decía que volvería a levantarse.

Le golpeé el rostro con todas mis fuerzas y su cabeza se aplastó contra la pared. Sonó un leve crujido y su cuerpo se desplomó inerte.

No parecía que estuviese muerto, pero, a pesar de sus extraordinarias facultades, tardaría varias horas en recuperar el sentido.

Recogí el arma y la guardé en su funda.

No sabía que clase de persona era aquel hombre, pero estaba claro que ese no era su estado natural. Debía de haber consumido algún tipo de droga desconocida que volvía la piel de un enfermizo color grisáceo, teñía los ojos de un extraño color blanquecino, alteraba el sistema

nervioso y eliminaba por completo el dolor.

En aquel lugar ocurría algo realmente extraño, y me había propuesto averiguarlo, pero antes tenía que pedir refuerzos.

Al salir de la habitación tropecé con alguien. Ambos caímos al suelo en una confusión de brazos y piernas. Cuando nos detuvimos, me encontraba de espaldas al suelo, con un hombre de piel grisácea sobre mí. Su aspecto era igual que el de mi anterior enemigo, pero no se trataba del mismo, sino de otro que debía de haber consumido la misma sustancia.

Sus brazos buscaron frenéticamente mi cuello, pero mis instintos primitivos eran demasiado fuertes para permitir que me rindiese tan fácilmente. Agarré sus muñecas y las aplasté con todas mis fuerzas. Sus huesos cedieron con un chasquido sordo bajo la presión de mis poderosos músculos, pero de sus labios no surgió ni un solo gemido de dolor, rabia o crispación.

Conseguí girarme y colocarme encima de él. A pesar de su fuerza sobrehumana, no parecía pesar ni la mitad que yo.

Aplasté sus destrozados miembros contra el suelo para inmovilizarle, pero al ver que no podía alcanzarme con sus brazos, decidió buscar mi cuello con sus amarillentos dientes.

Reaccioné justo a tiempo para evitar el letal mordisco y contraatacar. Mi cabeza se estrelló violentamente contra su rostro ceniciento y la sangre comenzó a manar de su nariz rota, pero sus espumeantes mandíbulas seguían empeñadas en acabar conmigo.

Cada vez que se acercaba, mi cabeza salía disparada y se estrellaba contra su rostro. Más de media docena de golpes fueron necesarios para terminar con su ataque y sumirle en la inconsciencia.

Su rostro se había convertido en una masa irreconocible de sangre y carne.

Me levanté muy lentamente. La cabeza me daba vueltas y todo lo veía borroso. Le había golpeado tantas veces, y con tanta fuerza, que mi cerebro había pagado un alto precio por librarme de su ataque.

Me dirigí tambaleante hasta las escaleras y descendí lo más deprisa que mis embotados sentidos me lo permitían.

Estaba a punto de alcanzar la puerta, cuando mi instinto de cazador me hizo girarme. Frente a mí se encontraban tres hombres. Todos ellos tenían el mismo tono de piel grisáceo y los ojos lechosos de los dos hombres que había machacado en el primer piso.

La ropa de estos estaba en un estado aun peor que el de los anteriores.

Eché mano de mi revólver, pero no estaba en su funda. Se me debía de haber caído mientras rodaba por el suelo luchando por mi vida en el primer piso.

Los tres se abalanzaron sobre mí al unísono, sin emitir sonido alguno.

Mis brazos y mis piernas lucharon frenéticamente, golpeando cualquier cosa que se puso a mi alcance.

Uno de ellos cayó derribado por un derechazo en plena sien, pero mi mente aun seguía embotada y no tardaron mucho en tirarme al suelo y noquearme.

Cuando desperté, me encontraba sentado contra la pared. Intenté levantarme, pero unas cadenas de hierro forjado me lo impidieron. Mis brazos habían sido encadenados a una argolla baja de la pared, por lo que mis manos quedaban casi a ras del suelo.

Me dolía todo el cuerpo, y un reguero de sangre seca cubría mi rostro. Debían de haberme golpeado en la cabeza con bastante fuerza para dejarme en aquel lamentable estado.

Apenas podía distinguir nada en la estigia negrura que me rodeaba.

Algo se movió en la pared de mi derecha. Su forma era imprecisa, pero pude escuchar como emitía unos bajos gorgoteos.

Intenté tirar de las cadenas para ver cuanto espacio me permitían, pero no me dejaban moverme

mucho.

La criatura se percató de que había recuperado el conocimiento y comenzó a moverse nerviosa hacia a mi.

Pude distinguir su forma baja y redondeaba. Su cabeza era grande y en su enorme boca relucían unos desproporcionados dientes blancos. Su larga cola estaba cubierta por pequeñas púas, al igual que su espalda.

Solo tenía una idea en mente: escapar de aquel terror desconocido.

Mis músculos se tensaron como cables de acero, pero ni la cadena, ni el eslabón de la pared cedían ante mis esfuerzos.

Un sudor frío recorrió todo mi cuerpo y me hizo estremecerme ante tan espantoso final.

La pequeña criatura seguía acercándose a mi con pasos cortos y movimientos lentos.

El extraño ser se detuvo a media yarda y fijó su brillante mirada sobre mi.

–¡Por favor! –Su voz era aguda y... sorprendentemente humana–. ¡Quiero irme a mi casa!

No se trataba de ninguna criatura surgida del más profundo de los avernos, si no de un simple niño con un disfraz de dinosaurio. El mismo niño que había dejado sus huellas en el porche.

–No te preocupes. Soy policía – Intenté tranquilizarle–. Te prometo que te llevare a tu casa.

El niño pareció relajarse un poco.

–Soy el detective O´donell –Dije –. ¿Como te llamas?

– Jimmy.

Un ruido hizo que todos mis músculos se tensasen.

–Jimmy, quiero que te acerques a mi y no te muevas. Pase lo que pase, no tengas miedo y no te alejes de mi.

La cerradura emitió un leve chasquido y la puerta se abrió lentamente. Un débil hado de luz penetró en la oscura celda.

En el umbral de la puerta apareció una anciana de duras facciones y piel oscura como la noche. Llevaba un raído vestido con diferentes tonalidades azuladas que se entremezclaban entre si. Su collar y su cinturón estaban formados por huesos y plumas de pollo atados con un cordel de tela negra.

Detrás suyo pude distinguir al menos a tres figuras de rostro ceniciento.

–Buenas noches, detective –La mujer me regaló una sonrisa desdentada mientras hacia una irónica reverencia –.

–¿Quien eres? –Pregunté –.

–¿Quien soy? –Su acento era algo extraño, pero no pude distinguir de donde procedía –Tan solo una pobre anciana a la que servirás durante el resto de tus días.

–¡Maldita bruja, moriría antes de servir a alguien como tu! –Me revolví como un demonio, pero mis grilletes seguían sin ceder –.

–Muchos se resistieron antes que tu –Dijo señalando las figuras que se encontraban tras ella –, pero ninguno ha sido capaz de oponerse a mis deseos. Por siniestros que sean.

– ¿Tu eres la secuestradora? –Fue más una afirmación que una pregunta –.

Todo empezaba a encajar. En los últimos seis meses habían desaparecido una veintena de personas sin dejar el menor rastro. Las desapariciones se habían producido en la ciudad y en varios pueblos cercanos. Los detectives que llevaban el caso no tenían ningún sospechoso, ni conexión entre las víctimas. Tan solo se sabía que el secuestrador, o secuestradora según parecía, buscaba hombres de entre veinticinco y cuarenta años.

–Tan solo les he ofrecido una vida mejor –La anciana emitió una risa que se asemejaba más al graznido de un cuervo que al de una mujer –. Ahora no tienen que preocuparse por nada más que por servirme a mí.

–¡Yo no seré tu esclavo! –Gruñí –Juro que no descansaré hasta verte encerrada en una celda.

La anciana se acercó a mí con un largo cuchillo que le tendió uno de sus siervos.

La bruja me agarró firmemente por el pelo. Me debatí como un animal salvaje, pero las cadenas no me permitían defenderme.

Arrancó un mechón de mi pelo con un fuerte tirón. A continuación, volvió a sujetarme por el pelo y acercó el cuchillo a mi rostro. Sentí como el frío metal mordía mi piel y desgarraba mi carne a su paso. La sangre comenzó a manar profusamente y empapó el filo del cuchillo.

La anciana descolgó una de las plumas blancas que colgaban de su cinturón y hurgó en la herida con ella. Su color blanquecino fue devorado por el intenso carmesí de la sangre, hasta que se volvió completamente roja.

Por último, desgarró un retazo de tela de mi camisa y envolvió con ella la pluma y el mechón de pelo.

–Ya tengo lo que necesitaba –La bruja esbozó una sonrisa de hiena –. A media noche serás mi esclavo. Y no hay nada que puedas hacer.

Me quedé petrificado viendo como la anciana abandonaba la celda y me dejaba sumido en la oscuridad.

Sentí una presión en mi brazo. Jimmy. Me había olvidado por completo de él.

–No te preocupes, Jimmy, saldremos de aquí –Intenté que mi voz sonase lo más tranquila posible, a pesar de que estaba aterrorizado por la extraña escena que acababa de suceder –. Pero necesito que me hagas un favor.

El niño asintió con su enorme cabeza de dinosaurio.

–Quiero que busques un pequeño paquetito de tela en el bolsillo de mi camisa y me lo pongas en la mano.

Jimmy buscó en mi bolsillo y encontró el paquete de tela en el que guardaba un par de ganzúas para emergencias como esa.

Apenas tardé un par de minutos en abrir los grilletes. Las cerraduras eran antiguas y estaban en mal estado, por lo que apenas tuve que forzarlas demasiado para abrirlas.

La pistola se me había caído en el primer piso, pero aun conservaba la linterna y las balas.

Recorrí la habitación buscando algo que pudiese servirme como arma, pero estaba completamente vacía.

No había ninguna ventana, por lo que debíamos de encontrarnos en el sótano. La puerta era nuestra única vía de escape.

–Jimmy, quiero que me cuentes todo lo que ha pasado aquí.

– David, Tim y yo –balbuceó el muchacho– estábamos pidiendo dulces cuando vimos una luz en la mansión embrujada. David nos dijo que entrásemos con él para investigar, pero Tim tenía miedo y nos dijo que no lo hiciésemos.

»David y yo Entramos en la casa y subimos las escaleras, pero escuchamos un grito y él salió corriendo, dejándome allí solo. Yo no soy un cobarde, así que seguí subiendo para que viesen que soy valiente. La puerta estaba medio abierta y allí estaba la bruja. En el suelo había muchas velas, sangre y... pollos muertos.

Vudú. No había duda. Mi abuela me contaba extrañas historias que había escuchado de un antiguo esclavo.

Los brujos africanos invocaban espíritus para que cumpliesen sus ordenes y acabasen con sus enemigos. Cuando algunos de esos brujos fueron conducidos a Norteamérica y obligados a trabajar como esclavos, sus ritos desaparecieron casi por completo, pero algunos de ellos lograron escapar de sus perversos amos escondiéndose en los pantanos, donde perfeccionaron su magia negra.

En sus ritos usaban la sangre de los animales que sacrificaban para dominar el espíritu de los hombres y gobernar su voluntad.

Todo parecía indicar que la anciana era una hechicera vudú.

–De repente –Continuó el niño –un hombre me agarró por detrás y la bruja le dijo que me encerrase en el sótano. Cuando te trajeron aquí, ella me dijo que me iba a sacrificar... Pero tu no vas a dejar que me haga daño ¿Verdad? –Sus ojos estaban enrojecidos, y parecía a punto de echarse a llorar – Eres policía, y los policías ayudan a la gente.

No se lo que se traería entre manos esa maldita hechicera, pero no iba a permitir que hiriese al niño.

–Nadie te va a hacer daño –Posé mi mano sobre su hombro y pareció tranquilizarse –.

Forcé la cerradura de la puerta. Tardé más de lo que había pensado, pero al final se abrió con un leve chasquido y pudimos salir.

Allí no había ni uno solo de aquellos siniestros esclavos.

Conduje al muchacho escaleras arriba y me asomé. A escasos metros de la puerta se encontraba uno de sus esclavos. Un gigante de duras facciones y rostro cuadrado. Al contrario que el resto de esclavos, este poseía una magnífica musculatura.

Uno de los secuestrados era un famoso jugador de fútbol de la liga universitaria que había venido a la ciudad para recuperarse de una lesión de rodilla. Removimos toda la ciudad durante tres meses buscando al quarterback , pero no encontramos ni una sola pista y el caso se enfrió.

Por fin le habíamos encontrado, pero había dos problemas: que estaba poseído y que se encontraba entre nosotros y la puerta.

–Jimmy, quiero que corras todo lo que puedas y busques un teléfono. Diles que el detective O'donnell esta en peligro.

–¿No vas a venir conmigo? –Pregunto atónito el muchacho –.

–No te preocupes por mi y recuerda lo que te he dicho.

Cargué contra él con todas mis fuerzas y lo derribé.

Jimmy abrió la puerta y voló a través del porche.

El gigante se puso en pie y cargó contra mi. Sentí como todos mis huesos crujían cuando me hizo un demoledor placaje. La potencia del golpe me lanzó contra la pared y me dejó sin resuello durante unos instantes.

Aun estaba enfocando mi vista, cuando se lanzó de nuevo contra mi como un toro salvaje. Logré apartarme en el ultimo instante, y su descomunal cuerpo se estrelló de cabeza contra la pared. La madera estalló ante la acometida y una lluvia de astillas voló por todo el vestíbulo.

Apenas me había recuperado, y ya tenía de nuevo encima a aquella mole de músculos. Sus brazos se cerraron a mi alrededor y me alzó del suelo como si tan solo fuese un muñeco de trapo.

La escena no podía ser más cómica: yo estaba a punto de ser aplastado por un gigante poseído mediante magia vudú, mientras un dinosaurio corría a buscar ayuda.

Apenas podía respirar, pero tenía que mantener la calma y buscar una forma de escapar de su mortal abrazo.

Mi mente trabajaba a toda prisa, trazando un plan de lucha.

Tensé mis músculos y me debatí salvajemente hasta que pude liberar uno de mis brazos.

Mi puño libre comenzó a trabajarle el rostro con saña. Le machaqué los labios, los pómulos, la nariz y las orejas hasta dejárselos ensangrentados y en carne viva, pero la presión sobre mi cuerpo no cedía ni un ápice.

Seguí golpeando insistentemente, sin poder distinguir nada entre la masa sanguinolenta en la que se había convertido su rostro.

Estaba a punto de desfallecer, cuando un miedo irracional se apoderó de mi ser e insufló nuevas energías a mi cuerpo. No podía morir allí.

Los dos anteriores se habían desplomado después de que les golpease repetidamente en la cabeza, así que aquel debía de ser su único punto débil.

Mi puño golpeó aun mas fuerte, pero esta vez concentre todos mis esfuerzos en aplastar su sien.

El gigantón comenzó a ceder, por lo que redoble mis esfuerzos.

Al cabo de unos instantes, el quarterback se desplomó inconsciente, arrastrándome con él en su caída

Tardé varios minutos en recuperar el aliento y poder levantarme.

La casa parecía estar tranquila. Podía huir de allí y pedir refuerzos, o detener a la bruja antes de que huyese.

No sabía que hora era, pero había dicho que a media noche sería su esclavo. Se había llevado un trozo de tela de mi camisa, un mechón de mi pelo y una pluma cubierta de mi sangre. Quizás solo necesitase esas cosas para hacerme su esclavo, o puede que me necesitase a mi.

Decidí no correr el riesgo. Tenía que detenerle antes de que sonase la media noche.

Me lancé escaleras arriba en busca de mi revolver. Por suerte, aún tenía la linterna y lo encontré fácilmente. Se encontraba junto a la puerta, en el mismo lugar en el que había luchado por mi vida, pero allí no había ni rastro del cuerpo de mi enemigo.

Un chillido agudo e inhumano llegó desde la planta superior. De repente la casa se convirtió en un mar de sonidos. Las puertas comenzaron a abrirse y salieron diablos vudú de todas las habitaciones. En un solo instante, el pasillo se había llenado de esclavos, y podía escuchar como subían más por las escaleras.

Me abrí paso a empujones, aprovechando el factor sorpresa, y me lo jugué todo a una carta. Subí a toda prisa por las escaleras que conducían al ático en busca de la bruja.

Las escaleras terminaban en una puerta cerrada. Giré el pomo, pero estaba cerrada con llave.

Mis enemigos subían a por mí. Disparé contra la cerradura, haciéndola volar en pedazos.

Uno de los hombres cayó sobre mi espalda. Apenas tuve tiempo para girarme y dispararle un tiro a boca jarro contra su macilento rostro. Su cuerpo cayó pesadamente y rodó escaleras abajo mientras era pisoteado sin miramientos por sus compañeros.

Descargué el arma contra ellos, pero los que no caían fulminados seguían subiendo a por mí.

Al final del pasillo había otra puerta más. Corrí hacia ella mientras recargaba el arma.

Aquellos malditos esclavos vudú me pisaban los talones, por lo que no me lo pensé dos veces y cargué contra la puerta con todo el peso de mi cuerpo. La madera cedió y saltó hecha añicos bajo el impacto de mi robusto hombro.

Atravesé la puerta y me desplomé contra el suelo, envuelto en una lluvia de astillas.

La bruja se encontraba de espaldas a una ventana. En medio de la habitación había un círculo de velas, sobre el que colgaba el inmóvil cadáver de un pollo. El pobre animal había sido degollado y su sangre goteaba sobre el centro del círculo, cayendo directamente sobre una pequeña figurita tallada en madera.

Alrededor del muñeco se encontraban mi mechón de pelo, el cuchillo con el que había desgarrado mi carne, la pluma empapada en sangre, el trozo de tela de mi camisa y un pequeño montón de cenizas.

Me incorporé a medias, apunté con mi revólver directamente a su corazón y disparé.

Media docenas de figuras cayeron pesadamente sobre mí, haciéndome errar el tiro. La bala se incrustó profundamente en el techo y una nube de polvo cayó sobre el círculo.

Me debatí como un lobo, descargando golpes a todo lo que se me acercaba.

Sus brazos me golpeaban con saña, sus pies me pisoteaban salvajemente y sus dientes se clavaban profundamente en mi carne.

Si iba a morir, arrastraría a todos ellos al infierno. Apoyé el cañón de mi .38 contra la frente de uno de mis enemigos y apreté el gatillo. Sus sesos salieron volando y su cuerpo se desplomó.

Por un instante logré ver la demacrada figura de la bruja. Seguía junto a la ventana, murmurando entre dientes algún tipo de hechizo.

Tan solo tenía una oportunidad de sobrevivir.

Comencé a golpear con saña a mis captores hasta que logré estirar el brazo en el que tenía el revólver. Disparé a ciegas los cuatro cartuchos que me quedaban en dirección a la ventana.

Recé para que alguna de mis balas alcanzase su corazón.

El sonido de las detonaciones de mi arma se disipó y escuché un chillido agudo, seguido por un estallido de cristales rotos.

En aquel instante supe que podía morir tranquilo.

De repente, mis enemigos quedaron completamente inmóviles. Todos ellos perdieron el pequeño hilo de vida que aún les unía a este mundo. Si es que a esa existencia se le podría haber considerado vida.

Me acerqué renqueante hasta la ventana y me asomé. Allí abajo, desmadejada sobre el jardín, se encontraba el decrepito cuerpo de la anciana. Una de mis balas había mordido su estómago, y la caída se encargó de terminar el trabajo.

Descolgué el pollo y amontoné todo lo que había en el círculo en un montón, para, a continuación, prenderle fuego.

Revisé la habitación y, guardados en un baúl de hierro, encontré medio centenar de muñecos. Eran pequeños muñecos tallados en madera, con un mechón de pelo, una pluma ensangrentada y un trozo de tela atados a su cintura con un cordel negro.

No me lo pensé ni un solo instante y los lancé todos a la pequeña hoguera en la que el fuego estaba devorando el mío. Una nube de humo negro ascendió hasta el techo.

Allí había medio centenar de figuras, pero en la casa no se hallaban más que una veintena de esclavos. Quizás estuviesen en otra casa, o la bruja guardase los muñecos de todos los que alguna vez fueron sus esclavos. Fuese como fuese, todo había terminado.

Me dirigía hacia la puerta de salida, cuando escuché las sirenas de la policía.

Los coches patrulla rodearon la casa mientras yo bajaba renqueante los peldaños del porche, con el cuerpo completamente cubierto de sangre.

El cadáver de la bruja aún se encontraba en el jardín. Por un instante, pensé que habría desaparecido en la noche sin dejar rastro.

–¿Que ha pasado aquí, O’donell? –Me preguntó malhumorado el capitán Johnson –. He tenido que levantarme de la cama para venir a ver que destrozo has causado esta vez.

–No estoy muy seguro de lo que ha ocurrido aquí, señor–Por un instante, dudé de que lo que había ocurrido fuese real–. Será mejor que eche un vistazo a la casa antes de que le cuente lo que he visto.

Una pequeña figura se abrió paso entre los agentes. Llevaba puesto un disfraz de dinosaurio.

Jimmy corría directamente hacia mi, cuando la cola de su disfraz le hizo tropezarse y caer de bruces al suelo. No emitió ni un solo gemido lastimero y se levantó tan rápido como se había caído.

–Yo les he llamado –Dijo orgulloso el niño –. Les he dicho que la bruja quería hacerte daño y han venido a salvarte.

–Gracias, Jimmy –Le quité la cabeza de dinosaurio y posé una de mis enormes manos sobre su cabeza –. Eres el niño mas valiente que conozco.

Robert Edgar Blond